

EL BARCO DE VAPOR



Jordi Sierra i Fabra

La princesa y el rey pez

Ilustraciones de Conrad Roset



sm

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Patrycja Jurkowska
Cubierta e ilustraciones: Conrad Roset

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2012
www.sierraifabra.com
© de las ilustraciones: Conrad Roset, 2012
© Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1 El rey pez

EN EL FONDO del mar, en las profundidades de aquellas aguas tan claras que bañaban las mil islas del arrecife coralino, vivía el más hermoso de los peces.

Se llamaba Bayir.

Era más que hermoso: era único. De cuerpo estilizado y poco más de un metro setenta de largo, tenía una aleta dorsal, dos laterales, una cola preciosa y una cabeza perfecta, puntiaguda como la de un delfín. Pero sin duda, su gran belleza provenía del brillo de su cuerpo, lleno de escamas de colores. Tantas que parecía como si un arco iris celestial se hubiera apoderado de él. La cabeza era verde; las aletas, amarillas; el tronco, azul, y la cola, roja. El cambio de un color a otro era un delicado tornasol que aglutinaba los demás tonos imaginables.



Cuando nadaba surcando los corales, incluso el agua parecía aquietarse ante su paso majestuoso y altivo. Se movía con velocidad de vértigo, dejando un cosquilleo mágico que contagiaba a los demás peces del arrecife. Como si un cometa hubiera caído al mar.

Para todas las especies del fondo del mar, no había duda: aquel era su rey.

El rey pez.

Y él vivía feliz, recorriendo sin cesar las mil islas que formaban el arrecife. Mil islas llenas de árboles y unos seres que las habitaban agrupados en poblados.

Los padres del rey pez le habían dicho cuando era pequeño:

–Cuidate de los seres de dos piernas, pues ellos salen a la mar en maderas que flotan y nos pescan, echan sus redes y nos capturan.

Bayir, sin embargo, era curioso. No podía evitarlo.

Curioso y muy joven.

Una y otra vez, eludiendo las maderas con las que viajaban aquellos seres, se acercaba a las islas para espiarlos, atisbar sus movimientos de lejos y aprender de sus costumbres. Así los veía bailar alrededor de las grandes fogatas que hacían en la



playa, escuchaba sus cantos y quedaba fascinado con los juegos de los más pequeños a la orilla de las aguas. El mundo de la superficie era agradable, tanto o más que el mundo submarino.

La diferencia estaba en que ellos, los peces, no se comían a los seres de dos piernas.

No solo se trataba de las criaturas que habitaban este mundo entre la superficie del mar y el cielo, siempre lleno de pájaros. A Bayir también le gustaba ver las palmeras mecidas por el viento, sentir el calor del astro llameante en lo más alto del firmamento y notar la caricia de la brisa haciéndole cosquillas en la cabeza cuando se asomaba fuera del agua.

Ah, la existencia del rey pez era tranquila y excitante al mismo tiempo. El mundo submarino era inmenso, y Bayir comprendía que ni teniendo diez vidas conseguiría explorarlo entero. Por la misma razón, las mil islas del mundo exterior se hacían infinitas para su insaciable curiosidad.

Aun así, quizás hubiera podido llegar a ser el mayor explorador de la historia del arrecife.

Quizás.

Pero la vida de Bayir cambió un día.

Inesperadamente.

2 La niña de la playa

ERA un apacible atardecer. Escasas nubes tachonaban el cielo de copos blancos mientras el horizonte, a lo lejos, se llenaba de colores cada vez más cálidos. Durante el día había hecho mucho calor, tanto que hasta las aguas llegaron a estar más cálidas que de costumbre. Bayir, que había dado una vuelta completa a varias islas jugando a ver cuántas era capaz de rodear en una sola jornada, se alejó de pronto más y más, en línea recta, hacia poniente, para averiguar por dónde desaparecía el astro llameante del cielo. Siempre le sorprendía ver cómo aquel disco emergía de las aguas sin quemarlas y horas después se sumergía en ellas con la misma prodigiosa habilidad. Su padre le había dicho que el poderoso ser del cielo flotaba en el aire, pero Bayir pensaba que eso era imposible. De esta forma llegó a una zona de

aguas relativamente profundas donde las olas besaban las costas de varias islas dispersas por el mar.

Unas islas nuevas y desconocidas para él.

Y fue entonces, al asomarse a ras del agua frente a una playa de arenas muy blancas, cuando...

La vio.

Una pequeña criatura de las islas.

Tan hermosa, tan increíblemente única, tan especial...

El pez había visto a muchos seres de dos piernas. Siguiendo el consejo de su padre, los rehuía cuando salían a pescar con sus maderas flotantes,





pero los espiaba cuando jugaban o nadaban cerca de la orilla. A veces se aproximaba tanto que podía escuchar sus voces y así los veía más de cerca. Eran muy curiosos.

Sin embargo, nunca había visto a nadie como ella.

Su cabello, muy largo y muy negro, le llegaba más allá de la espalda. Sus ojos eran dos lunas, siempre llenas, y brillaban como dos constelaciones atrapadas en aquel universo acotado que formaba su rostro. La nariz era una colina apenas dibujada sobre sus labios, suaves corales cincelados por una naturaleza caprichosa y perfecta.

Su piel oscura era una noche clara. Sus manos, algas vivas. Sus pies, ostras dulces. Y sus brazos y piernas, hojas de la más tierna palmera.

Bayir no supo qué le sucedía.

Su corazón empezó a latir tan rápido que las aguas se agitaron como si fuera a desencadenarse una tempestad.

Fue un arrebato, un impulso, una locura, una pasión tan fuerte y súbita que no la pudo reprimir. Al contrario.

Todo en él cambió de pronto.

Bayir se había enamorado.



3 El rapto de Seleine

EL TIEMPO dejó de existir.

Con la cabeza a ras del agua, Bayir pasó mucho rato observando a la pequeña habitante de la isla.

No supo qué hacer hasta que, de pronto, ella corrió al agua y se arrojó de cabeza riendo.

Nadaba como el propio rey pez. Nadaba como los delfines o las sinuosas anguilas, como las sutiles rayas o las lánguidas medusas. El mar la acariciaba.

Tan bella como un coral.

Bayir se aproximó tanto que, sin darse cuenta, saltó por encima de las aguas y cruzó el cielo igual que un pájaro, con las aletas extendidas. El astro llameante le arrancó todos los destellos imaginables, desparramando un arco iris de verdad en la trayectoria semicircular de su vuelo.

Cuando volvió a caer al agua, dejó de ocultarse. Nadó tan cerca de ella que les bastó extender una mano y una aleta para tocarse.

La piel de la pequeña era suave.

La de Bayir, fascinante.

Los dos se quedaron mirando, sorprendidos pero también felices.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó Bayir.

–Seleine –dijo ella.

–Yo soy el rey del mar, el rey de todos los peces, y mi nombre es Bayir.

–Pero hablas como yo –se sorprendió la pequeña.

–Os he observado mucho tiempo. ¿Qué eres?



–Una niña, un ser humano.

–¿Y él? –preguntó Bayir señalando el astro del cielo, que en ese momento se sumergía entre las olas.

–Es el sol. Nos da vida, calor y energía.

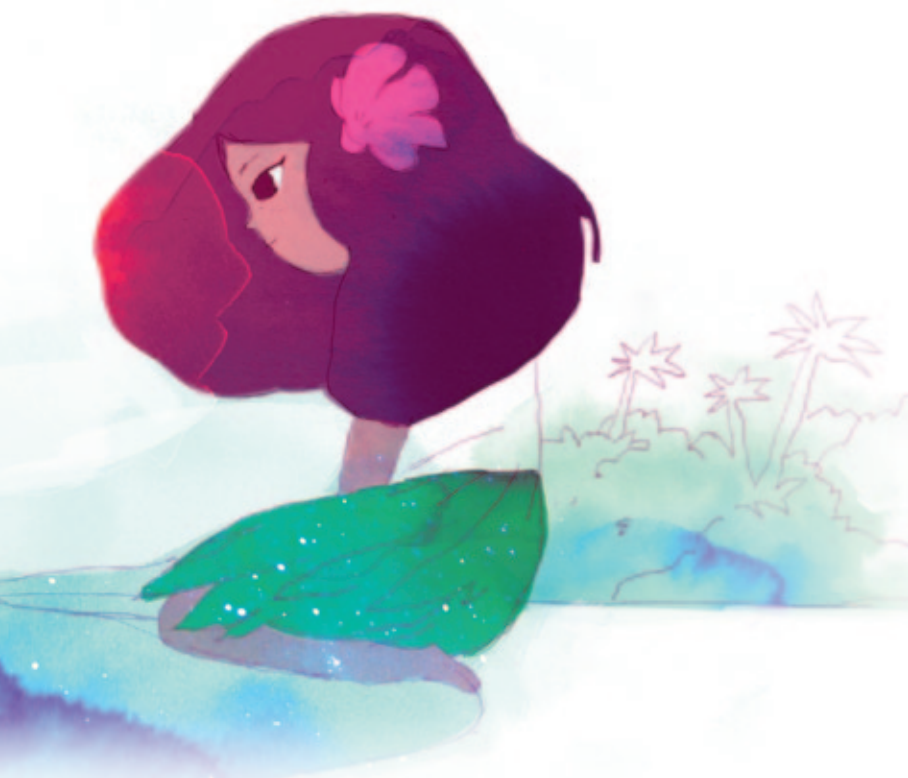
–Sabes muchas cosas –suspiró el pez.

–Sé lo que sabe cualquiera –dijo ella, y volvió a tocarle con la mano.

Bayir se estremeció.

–Ahora debo irme –anunció Seleine.

–¿Por qué?



–Es hora de cenar, tengo que volver a casa. Solo quería darme el último baño del día.

–¿Tu casa?

–El lugar donde vivo. Está hecha con hojas de palma, y es muy agradable y bonita.

–Mi casa es el mar. También es agradable y hermoso.

–Entonces, eres afortunado.

–Ven –dijo el pez de repente, y le tendió una aleta.

–No puedo –se entristeció la niña antes de que su rostro volviera a iluminarse–. Pero regresaré mañana, y pasado, y siempre, para verte y ser tu amiga.

–No, no lo harás –el semblante del pez se ensombreció.

–Claro que lo haré. ¿Por qué iba a engañarte?

–Vosotros nos pescáis y nos coméis.

–¡Yo nunca haría eso! –protestó Seleine.

Los ojos de Bayir se llenaron de luces.

–Eres muy bonita –dijo.

–Y tú, el pez más increíble y bello que jamás haya visto.

El sol, como lo llamaba la niña, desapareció bajo las aguas.

La niña iba a marcharse.

Nadaría hacia la orilla, echaría a andar sobre sus frágiles piernas y desaparecería.

Bayir se estremeció todavía más.

Porque no quería perderla.

Quería...

Lo que hizo entonces fue un arrebato, una locura, algo en lo que ni siquiera había pensado. Simplemente... reaccionó así, movido por su joven ímpetu y su instinto animal.

Se acercó a Seleine, la rodeó con sus aletas en el más dulce de los abrazos y, sujetándola con fuerza, se la llevó al fondo del mar.

